

El materialismo histórico, Xavier Velasco

La venus de los cheques

La conocí en alguna mañana melancólica, y así aprendí que las tristezas matutinas son también sobornables. Sé que otro en mi lugar habría dado media vuelta no bien hubiera oído lo que yo escuché, pero aquella propuesta sonaba tan torcida que la curiosidad pudo más que el horror.

No quedaba una sola promesa en sus pupilas, solamente amenazas. Una de esas miradas de las que no se sale fácil, como si dentro de ella se hallara algún botín largamente anhelado, de modo que dejar de mirar a esos ojos era temer en riesgo el porvenir entero. Bastaba con entrar apenas en materia para que los cuchillos húmedos de sus pupilas contrabandearan luz y traficaran quimera por las otrora herméticas aduanas del alma. Entremos pues allí, en materia quimérica.

Nada en esa mujer era gratuito. Y no quiero decir que hubiera en cada gesto una razón, aunque sí un precio. Números fríos, cerrados, brutalmente sinceros. Si quería invitarle un café, tenía que pagarle cien pesos. Aunque, claro, el café correría por su cuenta. Si quería saber su nombre, serían cien más. Y a cambio de su número de teléfono había que desembolsar trescientos. Tendría derecho, además, a un pastel, una dona y diez minutos de conversación telefónica.

Como digo, muchos en mi lugar se habrían alejado de inmediato. Pero quise quedarme, y así escuché la oferta en todo su esplendor: por tratarse de mí, me lo dejaba todo en doscientos cincuenta. Dona, café, pastel, llamada, nombre. ¿Y si le daba mil, qué obtenía a cambio? No quise preguntarlo. Por más que aquella extraña honestidad tarifaria me remitiera a esas mujeres que desde tiempo inmemorial prestan servicios similares, aunque intensivos, en sus ojos había un mensaje distinto. Y eso lo comprobé cuando, ya aguijoneado por la curiosidad, decidí darle los doscientos cincuenta.

Hablamos durante exactamente seiscientos segundos, más que buenos para que no quedara lugar a dudas: ella era una mujer como todas. Tenía amigos, iba a fiestas, vivía con su familia. Sólo que, a diferencia de tantas hijas de familia convencionales, detestaba el estira-y-afloja de las parejas ordinarias. Era, en cierto sentido, una anticuada. Incapaz de besar a nadie en la primera cita, tenía un concepto muy estricto del ritual de cortejo y noviazgo. Tanto que se regía por tarifas precisa y cuidadosamente escalonadas.

Si me daba por invitarla al cine, la cuota era de quinientos pesos, con derecho a sala VIP, un chocolate, un refresco mediano, estacionamiento, diez litros de gasolina y una amena conversación de quince minutos al término de la película. Y si después de esa salida me interesaba aún volver a verla, por un pago adelantado de mil pesos se dejaría invitar a comer. Y a la tercera cita podíamos cenar por la misma tarifa, primer beso incluido.

¿Qué clase de inmoralidad era ésa? ¿Me estaba hablando en serio? Sí, absolutamente. Sus ojos me seguían con lo que un vanidoso habría llamado sincero interés, si bien temí que fuese interés compuesto. Pero ¿qué prefería? ¿Echar a la basura los doscientos cincuenta pesos que ya había invertido, y de los que no pude recuperar más que un café, un pastel y una dona, o seguir invirtiendo, como lo haría con cualquier otra? Claro que cualquier otra no me habría cobrado por adelantado, pero si lo veía con calma venía siendo igual, y hasta mejor. La única diferencia estaba en que al momento de salir con ella yo dejaría de pensar en el dinero para concentrarme en lo importante, que por supuesto éramos nosotros. Además, su sistema era un antídoto contra el machismo: a cualquier lugar que fuéramos, sería sólo ella quien sacara la cartera. Yo, que ya había pagado por el paquete, me entregaría por entero a gozar de su dulce compañía. Un genuino all-inclusive, sin ilusiones vanas ni decepciones fáciles.

Sus argumentos eran casi impecables. Y digo casi porque, ya haciendo cálculos, noté que sus tarifas habían sido infladas en un cien por ciento. ¿Era justo que exprimiera de esa forma tan cínica a quien sólo se interesaba en conocerla, y eventualmente hacerla sonreír? (Debo decir que las sonrisas las prodigaba sin cargo alguno, como quien promueve sus productos repartiendo muestras gratuitas.) En cuanto a las tarifas, éstas tenían una razón de ser: mientras otras mujeres se prodigan en cumplidos no siempre verosímiles, la tarifa elevada tenía la ventaja de garantizar la satisfacción de mi pareja. ¿O no es cierto que un verdadero

enamorado pagaría con gusto el doble o hasta el triple de cada cantidad con tal de estar seguro de que hizo un buen papel?

¿Cómo se hace para, bajo estas condiciones, convertirse en un verdadero enamorado? Es cuestión de costumbre. Al principio, sus métodos me hacían avergonzarme de mí mismo. Eso de ir a depositar el dinero en su cuenta, luego enviarle la ficha de depósito por fax, para dos días después poder salir con ella, era aún más incómodo que mirarla pagar todas las cuentas, y soportar que en cada uno de los lugares a los que íbamos me miraran como a un cafiche de ocasión. Comencé a acostumbrarme por ahí de la cuarta cita, tanto que en poco tiempo me resultó natural, y de hecho muy cómodo. Sobre todo desde que nos hicimos novios, gracias a un auspicioso plan de financiamiento que mi chica diseñó especialmente para nosotros. Un noviazgo no es para tomarse a la ligera. Se corre el riesgo de sufrir decepciones, perder el tiempo, hacer un mal negocio. Y eso de entrada incrementaba los costos. El día que le declaré mi amor, sólo dijo: «No sé, voy a pensarlo», y echó mano de la calculadora. Poco rato después, me expuso en un papel la situación: si nos hacíamos novios, las tarifas por salida subirían al doble. Pero en vista de que ella no deseaba terminar con una relación tan bonita, podía darme un crédito del cincuenta por ciento. Es decir, que si yo le firmaba un pagaré por la mitad de la nueva tarifa, bastaba con que depositara la otra mitad en su cuenta y listo: salíamos como novios. El contrato, además, incluía una cláusula de exclusividad: seguro contra cuernos completamente gratis. ¿Quién más me daba esas facilidades?

No he olvidado la tarde en que llegué a verla con la fianza en la mano. La revisó con calma, certificó el respaldo para los próximos treinta y seis cheques y me ordenó muy quedo, con los párpados entornados de pasión, que la besara ya, sin cargo extra. ¿Cómo no despeñarse por un amor así, cuando con cada pago se tiene la certeza de una correspondencia en números negros? Cierta vez, cuando la nube de una duda inoportuna empañó brevemente nuestro idilio, me atreví a preguntarle cuánto me quería. Como en nuestros momentos electrizantes, mi novia procedió a sacar la calculadora y recitarme alguna suma astronómica: exactamente lo que yo estaba debiéndole, más los correspondientes intereses moratorios. ¿Todo eso me quería, de verdad? Una semana después, nos casamos.

Hoy las mañanas tristes me salen muy caras. Mi esposa me hace un cargo sin derecho a crédito por cada mala cara que pongo. En cambio, las sonrisas me valen un descuento especial en sus servicios. Además he renegociado mi deuda. Hoy debo mucho más, y claro: ella también me quiere mucho más. Cada día primero de mes, cuando los intereses se capitalizan, su mirada se funde con la mía en una comunión tan absoluta que me viene el impulso animal de echarle encima todo un fajo de billetes y acabármelo entero, de caricia en caricia. A falta de billetes, le firmo un nuevo cheque posfechado que me da acceso a largos raptos de pasión, en los cuales ella estimula mis hormonas hablándome al oído de réditos y multas en exceso. Se le corta el aliento, se le enturbia la vista, le tiemblan las rodillas cada vez que menciona todo lo que le debo, con las quijadas tiesas y los dientes vibrando del rechino al relincho. Por mi parte, la vuelvo loca desglosándole una por una las lujuriantes cantidades que nos unen. Y ella entonces me corresponde con descuentos crecientes y lascivos, hasta que nuestros números se borran en una mar picada de pasiones jugosas, indómitas y, ay, incalculables.

A veces, cuando nuestros amigos hablan sobre los nobles sentimientos que los unen a sus queridas parejas, les digo que el amor es una deuda que crece cada día, pero nunca se acaba de pagar. Oigo entonces a sus esposas suspirar honda, ensoñadamente, como hace todo el mundo cuando mira pasar a una quimera.

El origen de los hospicios

Juraría que yo no quepo en este mapa. Estoy solo en mi coche, ante las puertas de un supermercado; contemplo el panorama como quien se entretiene succionando largamente una pipa. Digamos que me estoy fumandola escena: frente a mí, un cariñosito estira la mano y se la ofrece a cada niño que pasa. Reparo en el disfraz: la tela es gruesa, lleva mucho relleno; es incómodo, sofocante, pesado. Pero a los más pequeños les atrae con la fuerza de un juguete importado.

Hace calor, la escena es infernal. A un lado del cariñosito se ha instalado un odioso locutor que repite la oferta del día como un zombi entusiasta: tres cajas de cereal por el precio de dos. No muy lejos de ahí, se oye otra voz montada encima de una vieja canción infantil, invitando a los niños a participar en un concurso. Pienso en el pobre tipo del disfraz y me da vértigo. Debe

de sentir náuseas sólo de contemplar una asquerosa cajade granola. Pero ahora su rostro es una ancha sonrisa, de modo que a los pequeñines les tiene sin cuidado quién sea, cómo se sienta o qué carota tenga la bestia que resopla debajo del disfraz. A juzgar por los movimientos de su cuerpo, se diría que rebosa algarabía, pero hay un ingrediente que casi nadie advierte: esa persona oculta, cuyo rostro jamás vamos a ver, está pensando una vez más en darse un tiro.

La función comenzó cuando llegó aquel niño pelirrojo, paletita de dulce y camiseta de Batman. Debe de tener diez, once, los años suficientes para no saludar ya al cariñOsito. O más bien los bastantes para darle los buenos días de otro modo: cada vez que el muñeco le da la mano a un niño, el pelirrojo viene y lo pateo. Su técnica, hasta ahora infalible, consiste en tomar vuelo a sus espaldas, soltar el patadón y desaparecer antes de que el osito, que con trabajos puede ver y caminar, logre dar media vuelta y trate de ubicar al agresor. Durante la última media hora le habrá saltado quince, veinte puntapiés. Muy bien puestos, algunos. Pero ahí no termina el suplicio; no conforme con esculpirle una constelación de moretones en las corvas al infeliz anónimo, el malnacido escuinle pasa cerca de él y lo pincha con un alfiler, cuando no lo pellizca con saña de sicópata asumido. Todo ello desde la absoluta impunidad, porque el cariñOsito no ha logrado siquiera mirar al felón. Tal vez piense que no es un niño, sino un batalloncito de desequilibrados. De hecho, el pelirrojo no es el único que ha pateado al cariñOsito. Otros niños, de paso por la entrada, lo golpean discreta y certeramente. Pero este pelirrojo es sistemático: un cazador furtivo de cariñOsitos.

La gente piensa que el osito baila de alegría, pero cualquiera que se pare un minuto a contemplarlo descubrirá que son los movimientos de alguien intensamente adolorido. Claro que casi nadie se detiene, y los que lo hacen plantan una sonrisa tan grande como la del disfraz. ¿Quién tiene tiempo para imaginar que en plena entrada del supermercado acontece un feroz y despiadado tormento? Lo que la gente piensa y va a seguir pensando es que ese niño pelirrojo es un ángel de bondad y aquel cariñOsito un símbolo de inocencia. Si yo en este momento saliera de mi coche y fuera a zorrajearle una buena docena de coscorrones al pequeño maleante, seguro que la gente se me echaría encima. ¿Cómo osa semejante labregón pegarle al querubín pelirrojito?

Observemos con calma: este supermercado está sitiado. Hacia donde uno mire aparecen las promociones para niños. Muñequitos, cereales, concursos, ofertas: todo para los reyes del hogar. El pelirrojo infame sabe bien que está libre de peligro, agazapado tras la inmunidad que le da su cobarde tamaño. Porque según el mundo entero parece estar de acuerdo, todo lo que no pasa del metro y medio es inofensivo. Si eso es verdad, que alguien vaya ahora mismo y se lo diga al cariñOsito, que otra vez ya está dando brincos en el aire porque el pelirrojito tuvo el detallazo de estamparle un carrito de compras en medio tendón. Mírenlo cómo salta, comprueben su expresión imperturbablemente cariñOsita. Afortunadamente, cuando se meta un tiro lo hará sin el disfraz: a todo el mundo le partiría el corazón ver al cariñOsito balaceado debajo de un paso de peatones, pero al día siguiente llegaría otro a calzarse el disfraz. Los cariñOsitos son como la esperanza: nunca mueren.

Esta vez el cariñOsito no está solo. Vine hasta aquí pensando en hacer unas pocas compras urgentes, pero al cabo de un rato cambié de opinión: he decidido entrar en el paisaje. Me siento fuerte, duro, terminante como el prefecto de un antiguo hospicio. No dudo que el cariñOsito esté implorándole piedad al Cielo, y estoy dispuesto a ser El Humilde Instrumento del Señor. Para transfigurarse en arcángel vengador no es preciso siquiera bajarse del corcel. Prendo el motor, arranco, salgo del estacionamiento y vuelo hacia el semáforo, donde tres niños pobres recolectan monedas vestidos de payasos, haciendo equilibristas durante la luz roja. Sin más preámbulos, les hago la propuesta: Ni una moneda más, billetes para todos si me ayudan a hacer el trabajito. Un encargo sencillo, rauda, sin complicaciones. En cuestión de segundos los recluto, suben al coche y vamos juntos hasta el supermercado. Me estaciono muy lejos de la entrada, pero aún alcanzo a ver cómo el niño pelirrojo le zorraja al cariñOsito un nuevo patadón y corre a guarecerse tras los coches. Siempre los mismos coches: un par de camionetas que le dejan sentirse perfectamente a salvo.

Pero nada hay perfecto en la viña del Señor. Cuando el infecto pelirrojo regresa al ataque, ya hay tres payasos de su misma rodada esperándolo entre ambas camionetas. No bien corre a esconderse, lo reciben tapándole la boca a cuatro manos y proveyéndole a obsequiosa mansalva las patadas más succulentas que alguna vez mis córneas paladearon. El trato ha sido por treinta puntapiés, pero me temo que le han dado más del doble. En todo caso no llevé bien la cuenta, o al cabo la he perdido de la emoción. ¿Quién no ha probado al menos una vez, en el llanto desgarrador de un niño escrupulosamente aborrecido, el néctar de una tersa revancha

almibarada? ¿Quién osaría negar que los niños ajenos son mejores después de disecados? Detrás, los altavoces cantan alegremente: Si los niños gobernaran al mundo...

Ya en el coche, los payasitos se apresuran a cobrarme las patadas extra. Según ellos, les debo ciento veintisiete. Y para que no quede lugar a confusiones, me amenazan: si no les pago las patadas que les debo van a darme otras tantas enteramente gratis. Calculo que quizás podría contra los tres, pero no quiero imaginarme el espectáculo que ofrecería golpeando a media calle a tres niños vestidos de payaso. Les pago el excedente y regreso al supermercado. No traigo ya el dinero de las compras, pero me queda un mensajillo por transmitir. Cerca de la salida, una empleada consuela al pelirrojo, que todavía no para de chillar, al tiempo que el cariñOsito posa para una foto con dos niños sonrientes. Entonces me le acerco y susurro en su oído:

—Pssst... Los tres niños que te estuvieron pateando trabajan de payasos en el semáforo de la esquina.

De pronto el aludido se sobresalta, pero cuando por fin logra volverse hacia atrás, he desaparecido de la escena. Con la satisfacción del deber cumplido y una alegría casi inexplicable, me dispongo a dejar el supermercado, pero en ese momento me asalta un sentimiento infantil. Doy marcha atrás, me ubico a un par de metros del cariñOsito, jalo aire, tomo vuelo y le receto en el trasero el patadón de su vida.

No sé por qué lo hice. Corro como un endemoniado hacia mi coche, pero veo que un par de policías ya viene tras de mí. Van a agarrarme, eso es seguro. Abro la puerta, salto hacia la cabina y justo en ese instante suena un ring. Y otro ring. Y otro ring.

—¿Aló?

—¿Qué esperas, CariñOso? ¿Ya viste qué hora es? ¡Ponte el pinche disfraz y vente a trabajar! Siempre pasa lo mismo. Sueño que tengo coche, que soy mi propio arcángel, que los malditos niños no gobiernan al mundo. Y me despierto así, empapado, como un niño. Sé que me porté mal: deliro bribonadas, humedezco las sábanas y pienso una vez más en meterme ese tiro. Queridos pequeñines, no lo duden: merezco cada uno de mis moretones.